

CAPITULO XVI

La destrucción de Yautepec

Amanecía cuando nuestras fuerzas se hallaban en la cúspide de una de las Tetillas, hermosas prominencias del terreno, casi iguales, que, vistas desde lejos, semejan perfectamente voluptuosos senos de mujer, y desde cuya cúspide, por donde pasa el camino de Cuernavaca a Yautepec, se domina todo el plan de Amilpas, sin que nada obstruya la vista.

A nuestros pies la vía del Interoceánico en constante serpiente, con sus dos cintas de acero relucientes, que parecen las montañas; un poco más allá, semioculto en un bosque de naranjos, de entre cuyas cumbres verdosas se destacan las puntas de las dos torrecillas de la iglesia parroquial, se encuentra Yautepec; aquí y allá, rompiendo de cuando en cuando la interminable alfombra esmeralda de los ricos cañaverales, ora los pequeños bosques de los seculares árboles de Yautepec y Cocoyoc, ora el casco de las haciendas de Atlihuayan, El Hospital, San Carlos, Calderón y Casasano, cuyas enormes chimeneas, que parece que tocan la clámide azulada de aquel cielo hermoso, vomitan constantemente el humo de sus hornazas.

Empezamos a descender lentamente el cerro, sin perder de vista para nada a Yautepec, que parecía aún entregado a las placideces de un sueño sin iniquidades ni temores.

Destacamos una avanzada compuesta de veinticinco hom-

bres, distanciados varios metros unos de otros, cuando vimos que de las goteras del pueblo se desprendía un grupo de hombres que venía a nuestro encuentro. No tardó mucho en ponerse en contacto con nuestra avanzada, portando una bandera blanca, que indicaba "parlamento."

Era Lucio Moreno con su "estado mayor," que venía a conferenciar con Tepepa para ponerse de acuerdo en la forma como debía ser atacada la plaza, y después de celebrar una especie de consejo de guerra, en el que tomaron parte todos los cabecillas allí presentes, se determinó que el efectivo de las fuerzas, que ascendían a más de seiscientos hombres, se dividiera en tres columnas de ciento cincuenta cada una, al mando de Tepepa, Juan Sánchez y Lucio Moreno, quedando disponibles más de ciento cincuenta hombres, al mando de Juan Capistrán, listos para dar auxilio al que más lo necesitara en el momento del combate.

El ataque sería simultáneo por tres distintos rumbos de la población, y la señal para empezar sería el estallido de una bomba de dinamita lanzada por uno de los dinamiteros de Moreno. Yautepec estaba defendido por doscientos rurales del Estado, que se habían posesionado de las torres de la iglesia y de las azoteas de los edificios más altos, dispuestos a defender la plaza a toda costa.

Como se había convenido, las tres columnas se acercaron a la ciudad por tres rumbos distintos; una de ellas, la de Tepepa, pie a tierra, en línea de tiradores, fué la primera en avanzar cuidadosamente, esperando la señal para romper el fuego. Eran las seis de la mañana cuando oímos que el clarín de los rurales tocaba "enemigo al frente" y pocos momentos después éstos rompieron el fuego sobre la columna de Tepepa, que ya estaba en las calles de Yautepec. A la cerrada descarga que sobre nosotros hicieron los rurales, los dinamiteros de Moreno contestaron, haciendo explotar una bomba, a cuya señal nuestra gente se lanzó con verdadero denuedo.

Todos los vecinos cerraron sus puertas; algunos de ellos desde las azoteas de sus casas nos hacían fuego.

El espacio era atronado por una nutrida fusilería, desta-

cándose con mucha frecuencia el estampido de las bombas de dinamita, que todos nuestros dinamiteros, subidos en los postes, lanzaban hacia las casas y hacia los lugares de donde salían las balas. A aquel ruido ensordecedor de bombas y fusilería, lo coreaba la gritería de nuestra gente, que se enardecía más y más a medida que las balas enemigas destrozaban nuestras filas.

- ¡ Viva Tepepaaaaa!
- ¡ Adentro los de Juan Sánchez!
- ¡ Los de Moreno no corren!
- ¡ Adentro, muchachos!
- ¡ Entrenle, pelones!
- ¡ Bájense de las torres si son hombres!
- ¡ Viva Madero! ¡ Viva la revolución! ¡ Abajo el mal gobierno!

Y cada uno de aquellos gritos, acompañado de blasfemias e insolencias, daba a nuestros hombres el terrible aspecto de una legión diabólica que, empeñada en una obra de desolación y de muerte, en tremendo oleaje humano se arrojaba en medio de una lluvia de balas, a la reconquista de los derechos perdidos.

Nuestros hombres caían acribillados por las balas gobiernistas; pero cada edificio por donde se nos hacía fuego, era incendiado y volado con dinamita, a cuyo estrépito se cimbraba la tierra, como si hubiera querido abrirse para sepultarnos en sus entrañas. Nuestra gente, encolerizada, iba sembrando el terror, derribando muros, incendiando puertas, y, en una palabra, convirtiendo en escombros y cenizas todo lo que a su paso encontraba.

* * *

Nuestras columnas, cada vez más numerosas, avanzaban lentamente sobre el centro de la población, destruyendo obstáculos, horadando casas, tomando alturas, sin dejar de tirar

sobre las fuerzas enemigas, cuyo fuego iba siendo cada vez más débil, a medida que el de nuestros hombres arreciaba momento a momento.

Y mientras tanto, el despertar de las familias era horrible; en un instante pudieron darse cuenta de la tragedia, y todo el mundo pacífico, en una confusión espantosa, mezclándose las imprecaciones de los hombres con el rezo a voz en cuello de las mujeres y el llanto de los niños, procuraban ponerse a salvo de aquella conflagración que conmovía a Yautepec, en medio de una lluvia de balas y de una inmensa hoguera, cuyas llamas enrojecían el espacio y en un mar de sangre, en el que se revolcaban centenares de heridos, lanzando lastimeros gritos en una agonía horripilante.

Todas las casas cerraron sus puertas, como si en el interior se hubiera podido estar a salvo de la furia desencadenada de los combatientes; pero ya la gente de Lucio Moreno había tomado debida nota de las casas de comerciantes y particulares que debían ser saqueadas, y como el fuego del gobierno había cesado casi por completo, nuestra gente empezaba a entregarse al saqueo, y donde las puertas no cedían, a culatazos las echaban abajo, o se practicaban excavaciones con barreta, se colocaban cohetes de dinamita y muros y puertas saltaban estrepitosamente, reducidos a escombros, en medio de una confusa gritería de los habitantes, que imploraban la piedad divina.

De las azoteas de la casa del doctor Antonio Falcón Roldán se nos estuvo haciendo un fuego certero todo el tiempo del combate, lo cual no pudo pasar inadvertido para Lucio Moreno, que personalmente y seguido de veinte de sus más arrojados muchachos, se echó resueltamente al asalto de la referida casa, llamando lleno de coraje, queriendo derribar las puertas a puñetazos. Alguno de los muchachos gritó trágicamente:

—Meteremos dinamita.

Y en aquellos supremos instantes en que iba a estallar el terrible explosivo, instantes de macabra alegría para los rebeldes, que iban a ver satisfechas sus venganzas, y de supre-

ma angustia para la familia, ésta, compuesta en su mayor parte de mujeres, con la ropa en desorden y el terror reflejado en sus semblantes, logró evadirse saltando las tapias interiores de una casa contigua. La dinamita en aquellos momentos acababa de dejar paso franco a los hombres de Lucio Moreno que, seguidos por una multitud de vecinos del mismo pueblo de la clase baja, se entregaron al saqueo.

Lucio Moreno apoderóse de la caja fuerte del doctor, de la que extrajo más de diez mil pesos, y cuando aquella multitud enfurecida estuvo ahita de cuanto de más valor halló, entregóse a la destrucción por medio del incendio: muebles, espejos, alfombras, colgaduras, etc., fué consumido en poco tiempo por el fuego, quedando sólo unos muros humeados, amenazando desplomarse, como único recuerdo de lo que fué en un día la fastuosa mansión del doctor Falcón Roldán.

También quedaron reducidas a escombros humeantes la casa del rico don Francisco Negrete, la estación del Ferrocarril Interoceánico, el Palacio Municipal, la cárcel y otras muchas casas, de ricos en su mayor parte. Algunos rurales que se defendieron heroicamente hasta quemar el último cartucho, antes de caer en nuestro poder inutilizaron sus armas y, como verdaderos héroes, esperaron la muerte, que les dieron los nuestros, fusilándolos en medio de la plaza.

Al día siguiente, cuando trazaba estas líneas en mi libro de memorias, tuve noticias de que la familia del doctor Falcón Roldán, en compañía de otras muchas, atravesando las huertas y saltando tecorrales, había logrado internarse en los campos de caña, donde había permanecido oculta durante el día y la noche, emprendiendo después la marcha para Cuautla, huyendo de aquel triste lugar en donde la muerte había dejado infinidad de hogares desamparados.

El doctor Falcón, por lado muy opuesto, acompañado del jefe de estación, disfrazados ambos de indios, después de penosa jornada llegaron a Ticumán, donde abordaron el Ferrocarril Interoceánico, y viéndose obligados a atravesar la zona peligrosa, metidos en grandes huacales, en calidad de aves de corral. Cuando se vió en lugar seguro el doctor, pasó al carro

de primera, donde se encontró a su familia, que viajaba hecha un mar de lágrimas creyendo que había muerto a manos de los alzados. Al verse se desarrolló una escena tan enternecedora, que conmovió a los demás pasajeros.

* * *

Abandonamos Yatepec después de levantar a nuestros muertos, que incineramos a la salida, y como no disponíamos de elementos para curar a los heridos, Tepepa ordenó que aquellos que no pudieran seguirnos por la gravedad de sus heridas, se les acabara de matar a punta de machete o a balazos. Tepepa consideraba este procedimiento como un acto de piedad, y ejecutando casi siempre por su propia mano esta cruel determinación, pronunciaba las consoladoras palabras “pa que dejen de padecer, vales.”

CAPITULO XVII

Lejos de las filas de Tepepa

Edmundo Otilio Montaña, cuyo nombre no he citado sino alguna que otra vez al principio de esta narración, desempeñaba al lado de Juan Sánchez el mismo cargo que yo al lado de Tepepa, el cargo de Secretario.

No teníamos mando alguno de fuerza ni obligación de entrar a los combates. Nuestra misión estaba reducida dizque a llevar la correspondencia oficial y particular de aquellos dos cabecillas que no sabían escribir, y, sin embargo, en aquella ocasión Montaña al lado de Sánchez y yo al lado de Tepepa, tomamos parte en el asalto de Yautepec y los dos resultamos heridos, aunque no de gravedad, viéndonos obligados a retirarnos hacia el camino de Cuernavaca, donde nos unimos a Capistrán que, al frente de sus ciento cincuenta hombres, esperaba la orden para tomar parte en el combate.

Montaña, hombre de regular cultura intelectual, a cuyo cargo estuvo mucho tiempo la dirección de la escuela de niños de Villa de Ayala, se había metido a la revolución siguiendo legítimas aspiraciones; era enemigo del bandolerismo y del asesinato y, como yo, no estaba conforme con aquella chusma que desprestigiaba la causa y que nos ponía ante la parte sana de la sociedad, en el triste concepto de una banda de latrofaciosos y asesinos, extraños a toda idea patriótica, a todo

sentimiento noble y generoso; seguramente que nosotros no íbamos a exigir de aquellas turbas indisciplinadas una conducta honrada, y sólo hubiéramos querido que los principales cabecillas, Juan Sánchez y Tepepa, por ejemplo, se hubieran eximido de cometer personalmente actos reprobables, cosa que, de fijo, habría moralizado, si se quiere en una pequeña dosis, a aquellas turbas; pero, muy por el contrario, tanto uno como otro, respondiendo a una vieja educación criminal, eran los primeros en azuzar a su gente para que se arrojara sin miramientos de ninguna clase, a cometer todo género de tropelías, y ellos mismos en persona, se entregaban lo mismo al estupro de doncellas indefensas y a los atentados contra la propiedad, que al asesinato de sus víctimas, a quienes azotaban y mutilaban despiadadamente.

No era posible, pues, que nos hubiéramos podido adherir a aquella vida de interminable pillaje; habíamos resuelto, desde nuestra salida de Jojutla, separarnos de la partida revolucionaria acaudillada por Tepepa y Juan Sánchez; sólo esperábamos una oportunidad para lanzarnos en busca de horizontes más puros, y no podía ser más propicia la que se nos presentaba con motivo de las heridas que acabábamos de recibir.

Tepepa una vez terminado el saqueo, se ocupó de reunir a su gente para emprender la retirada de Yautepec; entonces me acerqué y le dije:

—Montaña y yo deseamos que nos conceda usted ir a curar nuestras heridas al lado de nuestras familias en Villa de Ayala, ¿qué dice usted?

Escuchó con visible agrado nuestra solicitud, pues el sanguinario cabecilla nos consideraba como un estorbo. Jamás recibía con gusto nuestros consejos y, a no haber tenido alguna influencia sobre él, de la que no podía abstraerse, hubiera acabado un día por mandarnos asesinar.

Aceptó, pues, sin vacilar, nuestra proposición; nos entregó por vía de obsequio a cada uno un fajo de billetes de banco, diciéndonos:

—“Pa que se curen.”

Puso a nuestras órdenes a dos muchachos de Villa Ayala, para que nos acompañaran como mozos en el camino, y después de abrazarnos fuertemente nos recomendó con cierta emoción que hacía contraste con la aspereza de su carácter:

—Cuando se alivien, no dejen de venir a juntárseme, muchachos.

Agradecemos sinceramente aquel rasgo espontáneo de consideración y todavía, por última vez, antes de partir le dije:

—Tepepa, hay que obrar bien.

Montaño y yo clavamos las espuelas en los ijares de los caballos, que arrancaron al galope tendido, y una densa nube de polvo nos envolvió, apartándonos de su vista.

CAPITULO XVIII

Los albores del zapatismo

Villa de Ayala no había tardado en convertirse en un centro revolucionario, en donde a sabiendas de las autoridades se podía conspirar libremente, organizar partidas de rebeldes, esconder armas y parque en grandes cantidades; allí encontraban abrigo los dispersos; allí se adquirían noticias exactas de todos los revolucionarios morelenses y se disponía de gratuitos espías, que seguían paso a paso todos los movimientos de las fuerzas del gobierno.

Nuestra llegada al pueblo no fué un secreto para nadie; llegamos allí en pleno día y en presencia de las autoridades y de todos nuestros conterráneos recibimos inmediatamente inequívocas muestras de cariño. Lamentaron profundamente que llegáramos heridos, y mientras por un lado nos asediaban a preguntas, por otro nos ponían al tanto de los movimientos revolucionarios para nosotros desconocidos.

Todo el mundo era allí tan revolucionario en aquel verano de 1911, como lo es ahora y como lo seguirá siendo mientras no haya justicia para el pueblo.

Así, pues, no tardamos en ser informados de cómo el general Leyva, haciendo traición a sus partidarios, había solicitado y obtenido del general Díaz la jefatura de armas en el Estado, a donde había llegado en un tren militar procedente de México, hallándose en Cuautla dispuesto a matar

a todos los que habíamos postulado a su hijo Patricio para gobernador del Estado.

—Tiene mucha gente, ametralladoras y parque hasta decir basta—decían nuestros informantes.—Pero al mismo tiempo, los hermanos Emiliano y Eufemio Zapata, al frente de más de dos mil hombres bien armados y bien montados, acababan de llegar a terrenos del Estado, procedentes de Matamoros Izúcar y Chietla, en donde se han agarrado varias veces con las fuerzas del vigésimonoveno batallón que manda el templado coronel Blanquet.

Después supimos que los mismos Zapata, en Matamoros y Chietla, habían sido derrotados por Blanquet, sufriendo infinidad de bajas y viéndose obligados a internarse al Estado de Morelos, a donde venían en busca de más gente.

Estos datos no eran desconocidos por nuestros informantes de Villa Ayala, pero por una parte estaban empeñados en ocultar los descabros que las fuerzas del gobierno ocasionaban a la revolución y, por otra, su optimismo llegaba hasta el grado de ver como triunfos gloriosos sus propias derrotas.

* * *

La gente de Zapata, aguerrida y entusiasta, frenética e indisciplinada, se entregaba, como todas las chusmas, a todo género de tropelías, que la gente del pueblo veía en ellas no atentados reprobables, como en efecto lo son para las conciencias rectas y los cerebros bien equilibrados, sino hechos de una heroicidad espartana.

Tal es el entusiasmo con que aquella gente cultiva la revuelta.

En el asalto de Atencingo, diez españoles de la hacienda cayeron en poder de la gente de Zapata, y diciéndoles que

les iban a perdonar la vida, los hicieron correr para darse el gusto macabro de cazarlos como venados.

Y esta hazaña de salvajes, al narrárnosla aquella gente, era comentada de mil modos entusiastas.

Pero con todo y la falta absoluta de disciplina en las filas de Emiliano, el movimiento encabezado por él tenía grandes visos de seriedad. Por otra parte, ¿no las mismas fuerzas federales cometen tropelías?

Si tropelías se titulan los actos de barbarie que cometen las chusmas ignorantes, en cuyos cerebros incultos no hay otra idea que la devolución de los ejidos a los pueblos, y en cuyos corazones, que laten bajo el fuego de un odio incontrastable, no hay más que una abrasadora sed de venganza, ¿qué denominación podría darse a los actos reprobables de aquellas tropas organizadas y disciplinadas, que obedecen a la voz del jefe y al sonido del clarín y que vienen pagadas para imponer el orden?

Basta con haber presenciado una vez algún combate por el sur, para darse cuenta exacta de la metamorfosis que sufre el hombre de humano a bestia.

Depedraciones, tropelías, asesinatos, sí, por desgracia.... pero no culpéis a las chusmas ignorantes, culpád a los que desde sus elegantes bufetes en vez de impartir justicia, sólo se preocupan por mandar hombres al matadero; culpád a los agitadores sin conciencia que, mirando que no les conviene que termine la revuelta, porque en ella está su medro, agitan a las multitudes repartiendo proclamas excitando más los ánimos.

Montaño y yo comprendimos que el movimiento encabezado por Emiliano Zapata, ayudando en parte muy activa al movimiento maderista que se extendía rápidamente por toda la República, perseguía, como persigue y seguirá persiguiendo hasta no conseguirlo, la restitución de los ejidos, la devolución de los terrenos que los poderosos quitaron a los débiles por medios ilegales.... ¿qué tanto costaría a un gobierno justiciero comprar a los hacendados aquellas tierras

que formaban los ejidos? ¿No se gasta tanto dinero en municiones? ¿No se aniquila más la patria con la pérdida de tantos hombres?

.....Y, a pesar de todo lo que habíamos oído de las hordas salvajes de Zapata, comprendimos que aquel movimiento perfectamente definido, entrañaba una infinita aspiración de justas reivindicaciones.

Convencidos de esta verdad, sin dar pábulo a nuestras leves heridas, decidimos Montaña y yo ir a presentarnos a Emiliano, con quien nos ligaban viejos lazos de amistad.

CAPITULO XIX

En busca de Zapata

Sólo dos días permanecemos en Villa Ayala, y eso a instancias de nuestras familias que, como es natural, se rehusaban a dejarnos salir, pretextando que aún no estábamos en perfecto estado de alivio.

Nuestra marcha se imponía. Habíamos tenido noticias de que el general Leyva destacó de Cuautla una fuerza bastante numerosa para Jonacatepec, cuya plaza estaba amagada por la gente de Emiliano.

Decidimos nuestro viaje y salimos de Villa Ayala rumbo a Jantetelco, hermoso poblado al sureste de Jonacatepec, cabecera del distrito de Juárez. Jantetelco es famoso en el rumbo por sus "Picachos," dos cerros que parecen que en partes están cortados a punta de pico, y famoso también por sus huertas, cuyos granados dan un fruto gigantesco. Dícese también que Jantetelco fué la cuna del inmortal cura Matamoros.

Allí había establecido su cuartel general Emiliano Zapata, acompañado de su hermano Eufemio, Jesús Morales (a) "El Tuerto," Felipe Neri, Francisco Mendoza y otros "coroneles del Ejército Libertador del Sur."

Con grandes dificultades y en inminente peligro de caer en poder de las fuerzas del gobierno, porque ya en esos días gruesas columnas vigilaban constantemente los caminos de